

ble, odioso, que le ponía en guerra con el aldeano, le daba, de los fondos del Estado, una renta superior, fija y regular que le recompensaba con exceso. ¿Cuáles eran, pues, las causas de la exasperación de los curas rurales?

La autoridad del papa y de los obispos, el espíritu de cuerpo, bastaría, sin duda alguna, para explicar la resistencia. Acostumbrados á obedecer, obedecieron los curas cuando fué preciso decidirse entre los tiranos eclesiásticos y la Revolución que los libertaba. Si solo hubiera sido impuesta la resistencia por la autoridad superior, hubiera sido pasiva, inerte, por decirlo así, y no hubiera tenido el carácter activo, ardiente, apasionado, que tuvo especialmente en el Oeste. Hubo además otra causa muy grave y muy profunda que es preciso analizar.

Todo el esfuerzo de la mujer tendía á impedir que su marido comprase los bienes nacionales. En el momento en que la ley le entregaba, por decirlo así, aquella tierra tan deseada por el aldeano, se interponía la mujer y le apartaba de ella en nombre de Dios.

Y en presencia de aquel desinterés (ciego, pero honorable) de la mujer, ¿era posible que el cura se hubiese aprovechado de las ventajas materiales que le ofrecía la Revolución? Seguramente habría desmerecido en el concepto de sus feligreses, hubiese perdido su confianza, habría descendido del alto pedestal en que su corazón amante gozaba en mantenerle.

Se ha hablado mucho de la influencia de los curas sobre las mujeres, pero no lo bastante de la de las mujeres sobre los curas.

Nuestra convicción es que ellas fueron más sinceramente y más violentamente fanáticas que los mismos curas; que su ardiente sensibilidad, su piedad por las víctimas culpables ó inocentes de la Revolución, la exaltación que las produjo la trágica leyenda del rey en el Temple, de la reina, del delfín, de madama Lamballe, en una palabra, la profunda reacción de la piedad y de la naturaleza en el corazón de las mujeres, fué la causa real de la fuerza de la contra-revolución. Ellas arrastraron, dominaron á los que al parecer las conducían, empujaron á sus confesores por el camino del martirio, y á sus maridos á la guerra civil.

El siglo diez y ocho conocía poco el alma del cura. Sabía que la mujer tenía influencia sobre él; pero creía, de acuerdo con la tradición y las habladurías de la aldea, que la mujer que dirige al cura, era su ama, la que duerme bajo su mismo techo, la sirvienta dueña, la señora del presbiterio. Y en esto se engañaba.

No hay duda de que si el ama hubiera sido la mujer del corazón, la que influye profundamente, el cura habría recibido con alegría los beneficios de la Revolución. Funcionario con sueldo fijo y bastante para la familia, habría hallado pronto en el progreso natural del nuevo orden de cosas su emancipación verdadera, la facultad de poder convertir el concubinato en matrimonio. El ama no era indigna de ella. Desgraciadamente, por mucho que sea su mérito, es generalmente de

más edad que el cura, y de aspecto tosco y vulgar. Aunque fuese joven y bella, tampoco le pertenecería el corazón del cura. Su corazón, sépase bien, no está en el presbiterio, está en el confesonario. El ama es su vida cotidiana y vulgar, su prosa. La penitente es su poesía; con ella tiene sus relaciones del corazón, íntimas y profundas.

• Y estas relaciones en ninguna parte son tan estrechas como en el Oeste.

En nuestras fronteras del Norte, en todas las comarcas de paso frecuentadas por las tropas, donde se respira un hálito de guerra, el ideal de la mujer es el militar, el oficial. La charretera es casi invencible.

En el Mediodía y sobre todo en el Oeste, el ideal de la mujer, por lo menos de la aldeana, es el cura.

El cura de Bretaña, especialmente, debe agradar y gobernar. Hijo de aldeano, está por su condición al nivel de la aldeana; está en relación con ella por el lenguaje y por el pensamiento; está por encima de su cultura, pero no por muy encima. Si fuera más letrado, más distinguido de lo que es, habría logrado menos influencia. La vecindad, á veces la familia, ayudan á crear relaciones entre ellos. Ella ha visto niño á aquel cura, ha jugado con él, le ha visto crecer. Es como un hermano joven á quien gusta confiar sus penas; la mayor pena sobre todo para la mujer: que el matrimonio no siempre es un matrimonio, que la más feliz necesita consuelo; y la más amada, amor.

Si el matrimonio es la unión de las almas, el verdadero marido era el confesor. Este matrimonio espiritual era muy fuerte, sobre todo cuando era puro. El cura era con frecuencia amado con pasión, con abandono, con entusiasmo y celos que se disimulaban poco. Estos sentimientos se revelaron con extremada fuerza en Junio del 91, cuando al volver el rey de Varennes se creyó en la existencia de una gran conspiración en el Oeste, y varios directorios de los departamentos encarcelaron bajo su responsabilidad á los curas. En Septiembre fueron puestos en libertad, cuando juró el rey la Constitución. Pero en Noviembre se adoptó una medida general contra los que se resistieron á jurar. La Asamblea autorizó á los directorios para que separasen á todos los curas refractarios de las comunas en que se produjeran disturbios religiosos.

Esta medida fué motivada no tan solo por las violencias de que eran víctimas en todas partes los curas constitucionales, si no también por una necesidad política y financiera. La consigna que todos aquellos curas habían recibido de sus superiores eclesiásticos, y que ellos cumplían fielmente, era, ya lo hemos dicho, sitiar por hambre á la Revolución. Hacían imposible el cobro del impuesto. En Bretaña era esto tan peligroso que nadie quería encargarse de cobrarlo. Los alguaciles y oficiales municipales se hallaban en peligro de muerte. La Asamblea se vió obligada á publicar el decreto de 27 de Noviembre del 91, que en-

viaba á la cabeza de partido á los curas refractarios, les alejaba de su comuna, de su centro de actividad, del foco del fanatismo y de rebelión donde atizaban el fuego. Les trasladaba á la gran ciudad, sometidos á la inspección, á la inquieta vigilancia de las sociedades patrióticas.

Imposible referir todos los clamores que suscitó este decreto. Las mujeres atronaron el espacio con sus gritos. La ley había creído en el celibato del cura, le había tratado como á un individuo aislado, que puede cambiar de domicilio más fácilmente que un padre de familia. ¿El cura, el hombre espiritual está ligado á las personas? ¿no es esencialmente movable como el espíritu cuyo ministro es? A todas estas preguntas contestaban negativamente; ellos mismos se acusaban. En el momento en que la ley arrancaba de la tierra al cura, se enteraba de las raíces vivientes que tenía en la tierra, brotaban sangre, gritaban:

«Ay, desterrado tan lejos, llevado á la cabeza de partido, á quince leguas, á veinte de la aldea!... Lloraban aquel lejano destierro. Por la extrema lentitud de los viajes de entonces, cuando se invertían dos días para franquear aquella distancia, aun afligía mucho más. La cabeza de partido era el fin del mundo. Para emprender semejante viaje se hacía testamento y se arreglaban todos los asuntos de conciencia.

¿Quién podrá referir las dolorosas escenas de aquellas separaciones violentas? Reunida toda la gente de la aldea, arrodilladas las mujeres para recibir aun la bendición, anegadas en lágrimas, sofocadas por los sollozos... Unas lloraban día y noche. Si el marido se extrañaba algo, no era por el destierro del cura, era por una iglesia que iban á vender, por un convento que iban á cerrar... En la primavera del 92 las necesidades financieras de la Revolución obligaron á decidir la venta de las iglesias que no eran indispensables para el culto, las de los conventos de hombres y mujeres. Una carta de un obispo emigrado, fechada en Salisbury, dirigida á las Ursulinas de Landerneau, fué interceptada y demostró de una manera evidente que el centro y el foco de toda intriga realista estaba en los conventos. Las religiosas no olvidaron nada para dar á su expulsión un aparato dramático; se agarraron á las rejas y no quisieron salir hasta que los oficiales municipales, obligados ellos mismos á obedecer la ley y responsables de su ejecución, no los separaron violentamente de las rejas.

Semejantes escenas, referidas, repetidas, sobrecargadas con episodios patéticos, perturbaban todos los espíritus. Los hombres comenzaban á conmoverse casi tanto como las mujeres. ¡Cambio sorprendente y rápido! el 88 estaba el aldeano en guerra con la iglesia por el diezmo, inclinado siempre á disputar con ella. ¿Quién le había reconciliado tan pronto y también con el cura? La misma Revolución aboliendo el diezmo. Con esta medida más generosa que política, devolvió al cura su influencia en los campos. Si hubiera continuado el diezmo jamás hubiera cedido el aldeano ante su mujer ni hubiera tomado las armas contra la Revolución.

Los curas refractarios, reunidos en la cabeza de partido, conocían perfectamente este estado de las campiñas, el dolor profundo de las mujeres y la sombría indignación de los hombres. Esto les fundió una gran esperanza y se propusieron comunicárselo al rey. En una multitud de cartas que le escribieron, ó hicieron que le escribiesen en la primavera del 92, le animaban para que se mantuviese firme, que no tuviera miedo á la Revolución, y que la paralizara valiéndose del obstáculo constitucional, el *velo*. En todos los tonos y con argumentos variados le predicaban la resistencia bajo nombres de personas diversas. Unas veces eran cartas de obispos, escritas con frases de Bossuet: «Señor, sois el rey cristianísimo... Acordáos de vuestros antecesores... ¿Qué habría hecho San Luis? etc.» Otras veces eran cartas escritas por religiosas, ó en su nombre, cartas lastimosas. Aquellas palomas quejumbrosas, arrancadas de sus nidos, piden al rey la facultad de permanecer allí y morir. En otros términos, quieren que el rey suspenda la ejecución de las leyes relativas á la venta de los bienes eclesiásticos. Las de Rennes confiesan que el municipio las ofrece una casa, pero no es la suya, y ellas jamás aceptarían otras.

Las cartas más atrevidas, la más curiosas, son las de los curas: «Señor, sois un hombre piadoso, no lo ignoramos. Haréis lo que podáis... Pero sabedlo, al fin, el pueblo está cansado de la Revolución. Su espíritu ha cambiado; le ha vuelto el fervor, frecuenta los sacramentos. A las canciones han sucedido los cánticos... El pueblo está con nosotros...»

Una carta terrible en este género, que debió engañar al rey y darle ánimo, inclinándole á la resistencia, es la de los curas refractarios reunidos en Angers (el 9 de Febrero del 92). Puede considerarse como el acta originaria de la Vendee, la anuncia y la predice, como quien tiene á su disposición un ejército disponible, una partida de aldeanos. Aquella página sangrienta parece escrita por la mano, con el puñal de Bernier, un joven cura de Angers, quien más que nadie fomentó la Vendee, la manchó con sus crímenes, la dividió con su ambición, y la explotó en su provecho.

«¿Se dice que excitamos á las poblaciones?... Pero es todo lo contrario. ¿Qué sería del reino si no contuviéramos al pueblo? Vuestro trono no se apoyaría más que en un montón de cadáveres y ruinas...—Ya sabéis, demasiado sabéis, señor, lo que puede hacer un pueblo que se cree patriota. Pero no sabéis de lo que sería capaz un pueblo que se ve arrebatado su culto, sus templos y sus altares.»

Hay en aquella atrevida carta una confesión notable. Se ve que el cura se juega el resto, es su último grito antes de la guerra civil. No vacila en revelar la causa íntima y profunda de su desesperación, á saber, el dolor de verse separado de aquellas á quienes dirige: «*Se atreven á romper aquellas comunicaciones que la Iglesia no solo permite, si no que las autoriza,*» etc.

Aquellos profetas de la guerra civil estaban seguros de sus profecías, no era fácil que se equivocase al predecir lo que ellos mismos habían de hacer. Las mujeres de los curas, las amas y las otras se declararon las primeras, con una violencia más que conyugal, contra los curas ciudadanos. En Saint-Servan, cerca de Saint-Malo, hubo como un motín de mujeres. En Alsacia, fué el ama de un cura la primera que tocó á arrebató para lanzarse contra los curas que habían prestado juramento. Las bretonas no tocaban, golpeaban; invadían la iglesia armadas de escobas, y pegaban al cura en el altar. Las religiosas daban aun golpes más seguros. Las ursulinas en sus inocentes escuelas de niñas preparaban la guerra de los *chuanes*. Las *Hijas de la sabiduría*, cuya casa madre estaba en Saint-Laurent, cerca de Montaigu, iban atizando el fuego; aquellas buenas hermanas enfermeras, al curar á los enfermos, les inoculaban la rabia.

«Dejadlas hacer, decían los filósofos, los amigos de la tolerancia. Dejadlas llorar y gritar, que canten sus viejos cánticos. ¿Qué mal hay en todo ello?...» Sí, pero entrad por la noche en aquella iglesia de aldea, donde el pueblo se precipita en tumulto. ¿Oís aquellos cantos? ¿No os estremecéis?... Las letanías, los himnos, con las letras antiguas, se convierten por el acento en otra *Marsellesa*. ¿Y aquel *Dies irae* aullado con furor, que es más que un canto de muerte, un llamamiento á los fuegos eternos?

«Dejadles hacer, decían, cantan, pero no obran.» Sin embargo ya se veía conmoverse grandes muchedumbres. En Alsacia se reunieron ocho mil aldeanos para impedir que se pusieran los sellos sobre una finca eclesiástica. Aquellas buenas gentes, no tenían en verdad, según decían, más armas que sus rosarios. Pero por la noche tenían otras, cuando el cura constitucional, recogido en su casa, veía que le rompían los cristales á pedradas, y que á veces un tiro le agujereaba las ventanas.

No se utilizaban pequeñas intrigas tímidamente realizadas, ni medios indirectos, para excitar á las masas á la guerra civil. Se empleaban atrevidamente los medios más groseros para perturbar su espíritu, embriagándoles por el fanatismo; les servían el error y el asesinato á vasos llenos. La buena virgen María se aparecía y quería que se matase. En Apt, el 92, como el 90 en Avignon, se movió, hizo milagros, declaró que no quería permanecer en poder de los constitucionales, y los refractarios la libertaron á costa de un violento combate. Pero en Provenza hay demasiado sol; la virgen prefería aparecerse en la Vendee; entre brumas, en los espesos bosques, entre los setos impenetrables. Aprovechó las antiguas supersticiones locales; se mostró en tres lugares diferentes, y siempre cerca de una vieja encina druida. Su lugar predilecto era Saint-Laurent, en donde las *Hijas de la Sabiduría* divulgaban las historias milagrosas. Los mendigos las secundaban, eran excelentes propagadores de noticias, muy buenos agentes revoluciona-

rios. Eran muy numerosos, la mayor parte activos y robustos. De trescientas mil almas que residían en la Vendee, cincuenta mil vivían de la limosna sin hacer nada, especialmente de las limosnas del clero; vivían gracias á él, y hubieran muerto por él, antes que trabajar.

Hoy se conocen los medios y los agentes de aquella guerra impía. El elemento político, el rey y la nobleza fueron muy secundarios. El cura lo fué en ella casi todo. Si se preguntaba al vendeano que es lo que quería, no respondía si no que le devolviesen á su cura, que dejasen volver á su cura á la aldea. Hay que ver en una relación auténtica á uno de aquellos aldeanos que custodiaba unos prisioneros republicanos á los que iban á matar, y que queriendo salvar al menos su alma, les rogaba que se confesasen. A uno de ellos, magistrado muy estimado, le decía: «Señor, nosotros os queremos de veras; habéis hecho todo el bien que habéis podido. Nos disgusta mucho teneros aquí. No nos importan los nobles, no pedimos rey. Pero queremos á *nuestros buenos curas*, y vosotros no los queréis... Confesaos, os lo ruego, confesaos; por que tenemos piedad de vuestra alma, y sin embargo, es preciso que os matemos...»

Esta frase es bastante clara: «Queremos á nuestros buenos curas.» Se dijo el 93. Volvamos á Junio del 92 y veamos el proceso verbal de uno de los primeros actos de aquella triste guerra de asesinato. Sin ninguna duda se incoaron otros cien, parecidos á éste, que lo fué por dos comisarios del Loire-Inferior, enviados el 6 de Junio, desde Nantes al distrito de Savenay. Parece que los curas refractarios tuvieron el proyecto de crear un centro de insurrección en el Bajo-Loire, posición en efecto central entre las dos guerras inminentes de Bretaña y la Vendee. Habían conseguido ya armar una parroquia, la convencieron y se dirigieron á otras siete á las que creían convencer igualmente. Pero encontraron en ellas resistencia, incendiaron varias casas y mataron á varios hombres, entre ellos dos dragones. Estos dragones rojos de Bretaña eran patriotas voluntarios, que demostraban un celo admirable y gran intrepidez.

«A las tres de la madrugada nos hemos presentado con la fuerza armada en las islas Brieries; las casas estaban vacías, los habitantes se precipitaban en los pantanos. Sin embargo, una mujer de cincuenta años se ofreció á nuestra vista cerca de la iglesia; tenía un crucifijo sobre el pecho y un rosario en la mano. La interrogamos acerca de la causa de los asesinatos cometidos durante la noche del domingo 3 de Junio. Nos contestó «que no había tenido ninguna noticia de ellos; y que estaba dispuesta á sacrificar su vida por la causa de Dios.»

«Nos dirigimos á la aldea donde habían sido muertos los dragones é incendiadas tres casas. Otras casas se hallaban abandonadas y los muebles destrozados. Nos fué presentado el llamado Guy Vinsse, y le obligamos á que nos guiase al lugar de la matanza; el sitio se hallaba cubierto de turba pulverizada y la tierra acababa de ser removida; en

vano buscamos las huellas de sangre. Las respuestas equívocas de aquel hombre, y una herida reciente que le vino en la cabeza, encima de la oreja, nos decidieron á prenderle. Desde allí nos encaminamos á la aldea de las islas, donde dos casas incendiadas humeaban todavía...»

¿Qué apoyo prestaría la nobleza á aquellas rebeliones populares iniciadas por los curas? Esta era la gran cuestión. Los nobles de provincias, tanto tiempo sacrificados, bajo el antiguo régimen, á la nobleza de la corte, temían mucho, al emprender la campaña, no conseguir otra cosa más que el triunfo de sus antiguos enemigos. No querían á Coblenza, conocían á los emigrados. Varios habían ido allí á verlos, y se habían vuelto. Si ellos sacaban la espada y atraían sobre sí las fuerzas de la Revolución, según toda probabilidad conseguirían que volviesen los emigrados con los ejércitos enemigos; los cortesanos, la banda de la reina y del conde de Artois, los caballeros de O'Eil de Boeuf volverían á Versalles, pedirían, exigirían y se lo llevarían todo; y en cambio se permitiría á los nobles rurales que volviesen á sus casas, que viesen de nuevo sus tierras arruinadas, que se dedicasen otra vez á su vida monótona, pobre, oscura, fastidiosa; la misa y la caza por toda diversión.

Nada tan juicioso como estas reflexiones; nada más difícil que sacar de aquí á los nobles del campo. Los intrigantes que dirigían la emigración, que pensaban explotar la victoria, no omitían nada para ofuscar el buen sentido de aquellos nobles; predicaban la cruzada en todos los tonos, haciendo alarde de honor y de caballería. Se escribían cartas anónimas á los perezosos, y se les enviaban ruegos. Uno de estos agentes realistas, Tuffin de la Rouërie, muy mala cabeza, personaje equívoco, que había desempeñado cien papeles, oficial, monje trapense, voluntario de América, revolucionario, luego enemigo de la Revolución, fué á Coblenza á ofrecerse prometiendo sublevar, según decía á toda la Bretaña. Solo se necesitaba que en la insurrección se observasen las mismas formas de los antiguos Estados de la provincia, que los comités de la insurrección, sacados de los tres brazos, fuesen Estados en miniatura. Al pronto no se pediría ningún acto, ningún esfuerzo, únicamente dinero. Este último punto agradó á Calonne y obtuvo su sufragio. Hizo que el conde de Artois aceptase el plan, y el 5 de Diciembre del 91 autorizaron los hermanos del rey á La Rouërie.

Realmente el plan era hábil. Los nobles que no emigraban, apremiados, insultados por su inacción, atormentadas sus conciencias realistas por sus propios escrúpulos, obtenían una tregua, dando á la asociación las rentas de un año. A este precio lograban un salvo conducto para ellos y para sus propiedades, que quedaban libres del saqueo de los realistas. Y por otra parte la asociación les garantizaba también, permitiéndoles, ordenándoles que se reconciasen con las autoridades constituidas, hasta que pudieran hacerlas traición.

Un número considerable de nobles encontraron cómodo este arre-

glo, lo suscribieron y dieron su nombre y su dinero. De este modo se hallaron insensiblemente comprometidos, afiliados sin darse cuenta, y metidos en la misma guerra que querían evitar. Era evidente que el día en que se descubriese la asociación, los asociados más pacíficos se verían obligados á tomar las armas en su defensa, si no querían ser presos.

Lo que precipitaba á Rouërie y podía obligarle á adelantar los sucesos, es que tenía un rival en Bothere, exprocurador síndico de los Estados de Bretaña, que dirigía á los emigrados de Jersey y Guernesey, bajo la protección de Inglaterra, lisonjeándoles con la esperanza de que les desembarcaría una flota inglesa. Rouërie tenía de su parte á Coblenza, á los príncipes y á los hermanos del rey. En efecto, obtuvo de los príncipes (el 2 de Marzo del 92) una comisión que le confería todos los poderes y le nombraba jefe de los realistas del Oeste, con orden de que le obedecieran.

Había tan poco acuerdo entre los realistas, que Rouërie quería esperar para aumentar la asociación una señal fortuita de guerra civil, hecha desde las Tullerías. En los primeros días de Julio, los curas que dirigían al rey obtuvieron de éste una carta para el directorio del Finisterre, pidiendo que fueran puestos en libertad los curas refractarios prisioneros en Brest. En aquel momento creía el rey que era muy fuerte; le habían hecho creer que la afrenta del 20 de Junio, su palacio invadido, su familia insultada, el gorro colorado sobre su cabeza real habían provocado una reacción inmensa de la opinión pública en su favor y que era preciso aprovecharla. Todos los púlpitos, en efecto, los confesonarios, los conciliábulos devotos, habían sacado un partido increíble de aquel hecho patético, muy apropiado para la leyenda; el rey, en opinión de las mujeres y de una gran parte de los hombres del campo, había recibido como una especie de nueva consagración, por una afrenta que recordaba la Pasión de Nuestro Señor. Muchos lloraban á la sola idea conmovedora del *Ecce homo* de la monarquía.

El acto del rey en favor de los curas de Brest era poco y mucho. Podía interpretarse como un acto de caridad humana, que no comprometía lo más mínimo á su autor, que no se podía censurar. Y era, en aquellas circunstancias (se vió luego por lo que ocurrió) en el estado de combustión terrible en que se hallaba Bretaña, una señal de incendio, un rayo sobre pólvora. En Fovesnant, cerca de Quimper, un aldeano que era juez de paz, Allain Nedellec, agente del marqués de Cheffontaine y administrador de sus bienes, comenzó (el 9 de Julio) después de misa, á predicar á los aldeanos delante de la iglesia: quinientos tomaron las armas. Los agentes de Nedellec recorren el país, amenazan con incendiar las casas de los que no tomen la defensa de Dios y del rey; el rey lo quiere, él mismo ha escrito que ordenaba la libertad de los curas y su reposición.

Al siguiente día, 10 de Julio, á las tres de la madrugada, ciento